

LA CARTUJA DE JEREZ.

(ANDALUCÍA.)

En mal punto te goces
injusto forzador, que ya el sonido
oyo ya, y las voces
las armas y el bramido
de Marte, de furor y ardor ceñido

Ya dende Cádiz llama
el injuriado conde, á la venganza
atento, y no á la fama,
la bárbara pulanza
en quien para tu daño no hay tardanza.

Oye, que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera,
que en Africa convoca
el moro á la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

FRAY LUIS DE LEON. — *Profecía del Tajo.*

I.

EL PALACIO ENCANTADO.



N tiempo de los godos habia en Toledo una cueva, cuya tapiada boca se enseña aun hoy dia, de la que se contaban maravillas.

Esta cueva se llamaba de Hércules y segun ciertas crónicas ha servido para diversos usos y tenido particular significacion en las varias épocas que se han sucedido.

En primer lugar, es de saber que la fundó Hércules, cuyo nombre le quedó, y en ella diz que se daba á la magia, cuyo arte estudiaba de noche para de dia leer sus observaciones á los discípulos que se le presentaban á oírle, quienes le argumentaban y á quienes contestaba el coloso preceptos con mas ó menos sólidas razones.

Vinieron despues los romanos y convirtiéronla en templo dedicado al mismo Hércules.

Mas tarde, ya no eran los romanos sino los cristianos quienes bajaban á ella protegidos por las sombras de la noche, y celebraban allí sus divinos misterios, mientras rugia sobre su cabeza la ira de los emperadores que desenfrenados se entregaban á la persecucion contra la naciente Iglesia.

Luego, ya no fueron tampoco los cristianos quienes se utilizaron de ella, sino los judíos que allí, rodeados de sombra y de misterio, celebraban sus ceremonias.

Mas adelante sirvió durante una horrorosa peste de panteon ó depósito de cadáveres.

Y por fin, no faltaron unos bandidos que la hicieron su morada burlando por largo tiempo las leyes y la justicia.

Tal es en resumen la historia de esta cueva, segun el parecer de doctos escritores.

De modo que la vemos, siguiendo las crónicas, pasar por diferentes transformaciones, y ser ya gimnasio de la nigromancia, ya templo de gentílicas divinidades, ya cripta de los cristianos, ya sinagoga, ya sepulcro, ya madriguera de ladrones.

Estraño y caprichoso destino el suyo!

Sin embargo, en tiempo de los reyes godos, cuando aun en todo caso no habia pasado de su tercera transformacion, contábase acerca de ella raras cosas y referianse singulares consejas.

El vulgo, que siempre da en hablar de sobra, decia que era la cueva por debajo de tierra tan dilatada y larga, que cojia no solo el espacio de toda la ciudad, sino que salia de ella por término de seis leguas. A mas, contábase que en su interior existia un palacio encantado de magnífica, notable y primorosa fábrica, con muchos arcos, pilares y columnas todo de plata y oro; que en el fondo de este palacio habia arcas de hierro con grandés tesoros, y que por esto en fin, Hércules el fundador habia encargado que cada rey que sucediese en la corona, añadiese al tal palacio una nueva cerradura, guardándose las llaves para cuando se decidiese á abrirle y penetrar en él aquel monarca que peor estuviese con su hacienda y tambien con su vida, pues tales cosas habia de ver que debia morir allí ahogado sino tenia valor para vencer los encantos y conjurar las artes mágicas.

Cuando subió al trono el rey D. Rodrigo, allá á principios del siglo VIII, habia la cueva cobrado gran fama y era cuando las hablillas del vulgo estaban

mas en su sazón, merced á unos ruidos subterráneos que decian haberse oido, y á una vision horrorosa que despidiendo fuego por los ojos, la boca y las narices, se habia presentado en la puerta á un pastor que por junto á la torre pasaba á deshora de la noche.

Rodrigo veíase por aquel entonces asaz apurado, sus larguezas, su disipacion, sus orjías le habian dejado poco menos que exhaustas sus arcas, y buscando andaba el remedio que debia salvarle, cuando recordó todo lo que se contaba de la famosa cueva situada en la torre de Hércules.

Al momento surjióle una idea, la de apurar el misterio y por sí mismo conocer la verdad de lo que aseguraba la tradicion y repetia el vulgo.

Unos por descuido, otros por temor, los reyes sus antepasados no habian querido penetrar en el palacio mágico y arrostrar los encantos. Verdad es que decia la fama que al rey que allí bajara, descubriria grandes bienes y tambien grandes males, pero esta última parte le pareció á Rodrigo que no debia tenerla en cuenta, y dispúsose á arrostrarlo todo, llevado de su caracter aventurero y fiado en su valor indomable.

Movido por esa especie de fiebre de embriaguez que se apodera de todos los que meditan una grande ó arriesgada empresa, el monarca godo deseó cumplir cuanto antes su proyecto y cumplirle sujetándose á todo lo que el decir del vulgo exijia para el que á tanto se atreviera.

En efecto, era preciso que el rey bajase de noche á la cueva, solo, sin armas, y vestido con su traje mas ordinario. De otra manera no se cumplia con el destino.

Lo único que al monarca le faltaba, eran las llaves que abrir debian los candados de la puerta de hierro de la cueva, pero este fué poco inconveniente para Rodrigo, pues que decidió buena y sencillamente derribarla.

Por la tarde del dia que se habia señalado y á hora del anochecer, salió de la ciudad y dirijióse con su gente á la torre situada en una florida vega inmediata. Entró resueltamente é introdujose por un boqueron que se abria en el suelo y que penetraba en las entrañas de la tierra por una suave cuesta. Bajola con los suyos, y no tardó en hallarse ante una puerta clavada en la peña viva y cerrada con una tapa de hierro llena de candados. Ya allí tropezó Rodrigo con el primer prodigio, pues encima la puerta vio un rótulo que en letras griegas y en cifra decia:

EL REY QUE ABRIERE ESTA CUEVA, Y PUDIERE DESCUBRIR LAS MARAVILLAS QUE TIENE DENTRO, DESCUBRIRÁ BIENES Y MALES.

Tres ó cuatro veces distintas leyó el monarca godo aquella inscripcion, y

sintió que su ánimo empezaba á vacilar y que desfallecía su aliento. Cara á cara con la realidad, comenzaba á sentir cierto vago y natural temor, pero haciéndose por un esfuerzo de voluntad superior á todo, volvióse y dió orden para quitar la tapa de hierro y los candados, abriéndole franco paso.

Pocos momentos bastaronles á sus servidores para dejar su orden obedecida.

Cumplido su mandato, Rodrigo les dijo que se retirasen á palacio y allí le aguardasen, pero entonces uno de sus privados se arrojó á sus piés conjurándole en nombre de todo lo que amaba para que se volviese atrás de su propósito y no quisiese arrostrar la ira del cielo, dando cabida á preocupaciones y supercherías y bajando sobre todo á unos sitios desconocidos donde podían esperarle misteriosos y terribles peligros.

El monarca se hizo sordo á todo, despreció las instancias de su privado y las súplicas de sus servidores, no quiso que nadie le acompañara en su tentativa por temor de faltar á lo que mandaba la comun tradicion, y de nuevo repitió con imperio la orden de que se le dejara solo.

Obedeciósese, aunque con disgusto, y entonces Rodrigo, tomando en una mano una tea encendida y en la otra un hacha de dos cortes como las que usaban los godos, penetró con paso firme y resuelto en la oscura y misteriosa caverna.

Valor se necesitaba para arrostrar aquella empresa, pero era hombre Rodrigo que nada temia y que todo lo desafiaba. Llevaba siempre en sí como un talisman la imperturbabilidad del orgullo que no cree pueda ser vencido, y por lo mismo, idéntico caso hacia de los espectros que de los mortales.

Empezó á seguir su camino y á bajar, á bajar, á bajar por una suave pendiente hasta que conoció que se hallaba á una profundidad inmensa de la tierra. En todo su camino no habia observado cosa alguna que le llamase su atencion, pero al hallarse ya muy adentro de la caverna, parecióle oír una especie de golpes sordos y acompasados con cierto retintín metálico como si fuera el hierro dando contra el hierro.

A medida que iba adelantando, estos golpes se hacian cada vez mas claros y mas distintos; de manera á llenar de pavor á cualquier otro pecho que no fuera el del osado monarca aventurero.

No tardó la especie de corredor que seguia entre las peñas en conducirle á una estancia perfectamente circular que era de donde partian los golpes y donde pudo Rodrigo enterarse de qué provenian.

Frente á la puerta por la cual se introdujo vió á luz de su antorcha una gigantesca estátua de bronce que ostentaba su espantosa y formidable estatura sobre un pilar ó pedestal de solo tres codos de alto. Esta estátua, que al pare-

cer vestia un traje de guerrero, tenia una gruesa maza de armas que empuñaba con ambas manos y con ella daba sobre un arca de hierro que se veia á sus plantas, produciendo un ruido tan fragoroso que hacia temblar de una manera siniestra las bóvedas como si fueran á desmoronarse sobre la cabeza del que imprudente allí guiara sus pasos.

Por lo demás, la estancia era de una arquitectura bárbara pero vistosa por lo rara y estraña. Todo al rededor de la sala corrian haces de delgadas columnas sosteniendo á manera de capitel un cordon de entrelazadas serpientes de piedra en tan revuelta mezcla con dragones, lagartos y otros animales, que por todas partes asomaban cabezas monstruosas y fieras abriendo su irritada boca y mostrando sus dobles filas de erizados dientes.

Rodrigo, la tea en la mano, se quedó en el umbral un poco aturdido, pero examinando despacio toda aquella fantástica decoracion que se desplegaba ante su vista.

Como no habia mas puerta que la por la cual habia entrado, juzgó que no podia tener la estancia comunicacion con otra pieza, y que era por consiguiente aquel el lugar de los encantos y el en que se hallaba el tesoro.

La antorcha arrojaba sobre todo una especie de sanguinolenta luz, disipando á medias las sombras.

El arca de hierro aparecia clara á los ojos de Rodrigo, el cual pensó que podia ser muy bien que fuese allí donde estaba encerrado el tesoro.

Determinó adelantarse y abrirla.

Pero, como hacerlo si la masa de armas de la estatua, cayendo á raros intervalos sobre la tapa, impedia que nadie se acercara á ella con intento de abrirla?...

Rodrigo empezó á pensar en el medio y creyó que pues aquella estatua movimiento tenia para dar golpes, vida tendria tambien quizá para oírle.

En su consecuencia, agitó la tea de la que se desprendió como una cabellera de chispas, y dirigiéndose al caballero de bronce, le dijo en alta y sonora voz:

—O tú quien quier que seas el solitario huesped de esta caverna, yo soy el rey Rodrigo que aquí he llegado fiado en mi valor y en el destino que promete maravillas al monarca que penetre en esta cueva. Si el poder mágico al cual obedeces te lo permite, dime tú, el caballero de la maza, lo que me toca hacer para apurar el destino y el misterio; pronto estoy á todo, que ante nada retrocedo.

Al concluir de decir el rey estas palabras, sonó un ruido misterioso por todos los ángulos de la estancia semejante al son arjentino y armónico que hubiera lanzado un monstruoso timbre de varios metales heridos por un martillo de

bronce. En el acto, la estatua se quedó inmóvil con la maza en el aire y también en el acto unas letras rojas y como de fuego aparecieron en la tapa del arca que decían, colocadas en esta extraña forma:

QUIEN ESTA ARCA

ABRIERE,

MARAVILLAS HALLARÁ.

El rey, que había ya prevenido su ánimo contra toda admiración, leyó sin extrañeza el rótulo, y merced al gigante que le dejaba obrar libremente, se acercó al arca y abriola sin resistencia alguna. En seguida fijó en su interior la ávida mirada y acercó la antorcha....

Estaba vacía.

Vacía casi, pues solo notó en el fondo un lienzo arrollado.

Sintió Rodrigo llenarse su alma de despecho al ver que no aparecía el tesoro que pensaba y con mano trémula de ira mas bien que de miedo, se apoderó del lienzo y desplególe, despues de haber tenido la precaucion de fijar en el suelo su antorcha.

Lo que entonces apareció á los ojos de Rodrigo hizole dar un grito de horror, obligándole al mismo tiempo á dar dos pasos atrás, mientras que llevaba á su frente las manos de las cuales se había escapado el arma que retenian. Sus cabellos se erizaron, sus ojos se fijaron en el lienzo, sus dientes dieron unos con otros; el terror, el pasmo, la admiración, acaso tambien el remordimiento se pintaron todos á un tiempo en su rostro.

He ahí lo que había visto.

El lienzo no era mas que una especie de cuadro. En él estaban pintadas varias tropas de árabes unos á pié y otros á caballo, ceñidas de turbantes las cabezas, envueltos los cuerpos en sus blancos albornoces, y abroquelados con sus adargas y lanzas: debajo decían unas letras escritas como con sangre:

QUIEN AQUÍ LLEGASE

Y ESTA ARCA ABRIERE,

PERDERÁ Á ESPAÑA

Y SERÁ VENCIDO DE ESTAS GENTES.

Rodrigo, pasado su primer movimiento de sorpresa, volvió á arrollar el lienzo y meterle en el arca cuya tapa dejó caer. En seguida, trató de distraerse y revolvió al rededor los ojos para buscar alguna imagen consoladora, pero su vista se clavó en un letrero de fuego que apareció en la pared, al lado izquierdo de la estatua y que decía:

REY TRISTE, POR TU MAL HAS ENTRADO AQUÍ.

Volvió el infeliz Rodrigo la cabeza, huyendo á aquellas fatales palabras, y se encontró con éstas otras en la pared de en frente:

POR EXTRAÑAS NACIONES SERÁS DESPOSEIDO, Y TUS GENTES MALAMENTE
CASTIGADAS.

Fuera de sí el monarca godo, apartó tambien los ojos pero, perseguido por la fatalidad, se encontró con este rótulo que salió de la boca de la estatua como si escupiera una lengua de fuego:

ÁRABES INVOCO,

al mismo tiempo que estas otras letras se pintaban en la pulida lámina de su coraza en el mismo sitio del pecho:

MI OFICIO HAGO.

El desdichado Rodrigo sintió como la nube de un vértigo pasar por su mente, parecióle como que retorcian su cerebro con unas tenazas ardientes, volvió á todas partes unos ojos vidriosos, creyó ver danzar mil fantásticas visiones en torno suyo mezcladas con las cabezas de los monstruos y reptiles de la cornisa, dió vacilante algunos pasos, batió el aire con las manos como el hombre que se ahoga, y cayó desplomado en el suelo sin voz y sin movimiento.

Cuando volvió en sí, la antorcha consumida á medias le indicó el mucho tiempo que había permanecido desmayado, se incorporó, se pasó la mano por la frente, se frotó los ojos, miró á todas partes y nada vió de los extraños fantasmas que habían herido su imaginación. El arca había desaparecido, tambien la estatua, tambien las haces de groseras columnas sosteniendo el cordon de cabezas de monstruos.

Se hallaba en una estancia muy vasta formada por la peña, y á su lado yacía un monton de escombros como de un templo ó de un edificio arruinado. Acaso, durante su mortal parasismo, todo se había venido abajo sepultando entre las ruinas el arca y la estatua. Sea como fuere, Rodrigo cojió la tea y lanzóse con precipitación fuera de

aquel recinto, trepando con toda la velocidad posible por la pendiente que hasta allí le condujera.

Al cabo de un buen rato de camino, el aire libre azotó su rostro pálido y oyó el monarca á las aves que piaban escondidas entre los árboles. Entonces no tardó en hallarse fuera de la cueva.

Las primeras luces de la mañana iluminaban los campos.

Rodrigo soltó la tea y cayendo de hinojos junto á la misma cueva, dió fervorosamente gracias al cielo que de aquella sima de horrores y de nigromancia le habia sacado, para volverle á la luz del día y al aire de los bosques.

II.

FLORINDA.

Es solo una fábula lo que de contar acabamos?

Puede ser.

Lo cierto es que graves y sesudos historiadores la refieren; que reputadas crónicas la afirman.

Dejémosles á unos y á otras toda la responsabilidad y prosigamos nosotros la narracion empezada.

Terminado su rezo, Rodrigo se levantó y aspiró el aire á grandes sorbos como si de él quisiera llenar sus pulmones fatigados. En seguida se puso á recorrer el campo á la ventura, pensando en lo que le habia acaecido y en la importancia que podia dar á todos aquellos agujeros y fantasmas.

La oracion, es verdad, habia tranquilizado mucho la inquietud de su alma,

pero el pronóstico fatal no se apartaba de su imaginacion y leia con los ojos del alma uno á uno todos los fatídicos rótulos como si con un buril de fuego una á una le hubiesen escrito las letras en su mente.

Se entró en el bosque, buscó la frescura de los árboles, bañó su cabeza ardorosa en el agua fria de un murmurante arroyo, quiso escuchar los susurros de los árboles, trató de deleitarse con el canto de las aves, nada bastó á calmarle, nada pudo extinguir la voz sorda de los agujeros.

Daba por cierto lástima Rodrigo.

Sus cabellos pendian lacios al rededor de su cabeza, su rostro estaba excesivamente pálido, apagada su mirada, mudos los rasgos de su fisonomía, ausentes de ella el orgullo y la altivez, caidos sus brazos, flojas y vacilantes sus piernas.

Mucho tiempo hacia ya que discurría por el bosque y á fuerza de pensar habia llegado por cierto á no pensar nada, á dejar rodar su fria idea por un espacio vacío como hoja seca que arrebatada el aire, cuando un espectáculo inesperado cautivó repentinamente toda su atencion.

Dos hayas como dos hermanas cariñosas habian entrelazado sus ramajes en un púdico abrazo. Una al lado de otra, juntas habian nacido, juntas crecido, juntas vivian. Sus robustos troncos apenas se apartaban uno de otro, y tendian entre ellos como un lazo una alfombra aterciopelada de menuda yerba, sobre la cual, en descuidada postura, lánguidamente descansaba una muger en aquel instante.

Parecia una ninfa de los bosques sorprendida bajo el dosel de ramas por los rayos matinales.

Nada quizá mas hermoso que aquella muger ante la cual se detuvo sorprendido Rodrigo, como Acteon al descubrir por entre el bordado follaje á la encantadora Diana.

Iba sencilla pero graciosamente vestida. El *estrinjio*, es decir, una túnica de blanca y finísima lana le caia en abundantes pliegues hasta los piés que asomaban su diminuta forma; su talle, flexible como el de la tierna caña que crece á orillas de los rios, veíase perfectamente delineado merced á una especie de cinturón formado de cordones de oro y plata; habíase envuelto, quizá para resguardarse del aire fresco de la mañana, con el *amiculo*, esa airosa capa de lino heredada de las mas coquetas damas romanas; su cabeza reposaba pensativa en su brazo desnudo y cuya blancura escedia á la nieve de la montaña; su semblante era todo un fascinador tesoro de detalles. En primer lugar, sus cabellos rubios bajaban en olas de oro á perderse entre los pliegues